

# PLUMA y LAPIZ



Castro-Clerch

NÚM. 71



## ENTRE DOS HOMBRES

LA última infamia de su marido levantando su mano sobre ella, en un instante de cólera, por negarse á firmar la escritura de venta de la casa, presentada por sorpresa, inopinadamente, en nombre del honor ¡qué honor el de aquel hombre! comprometido en una

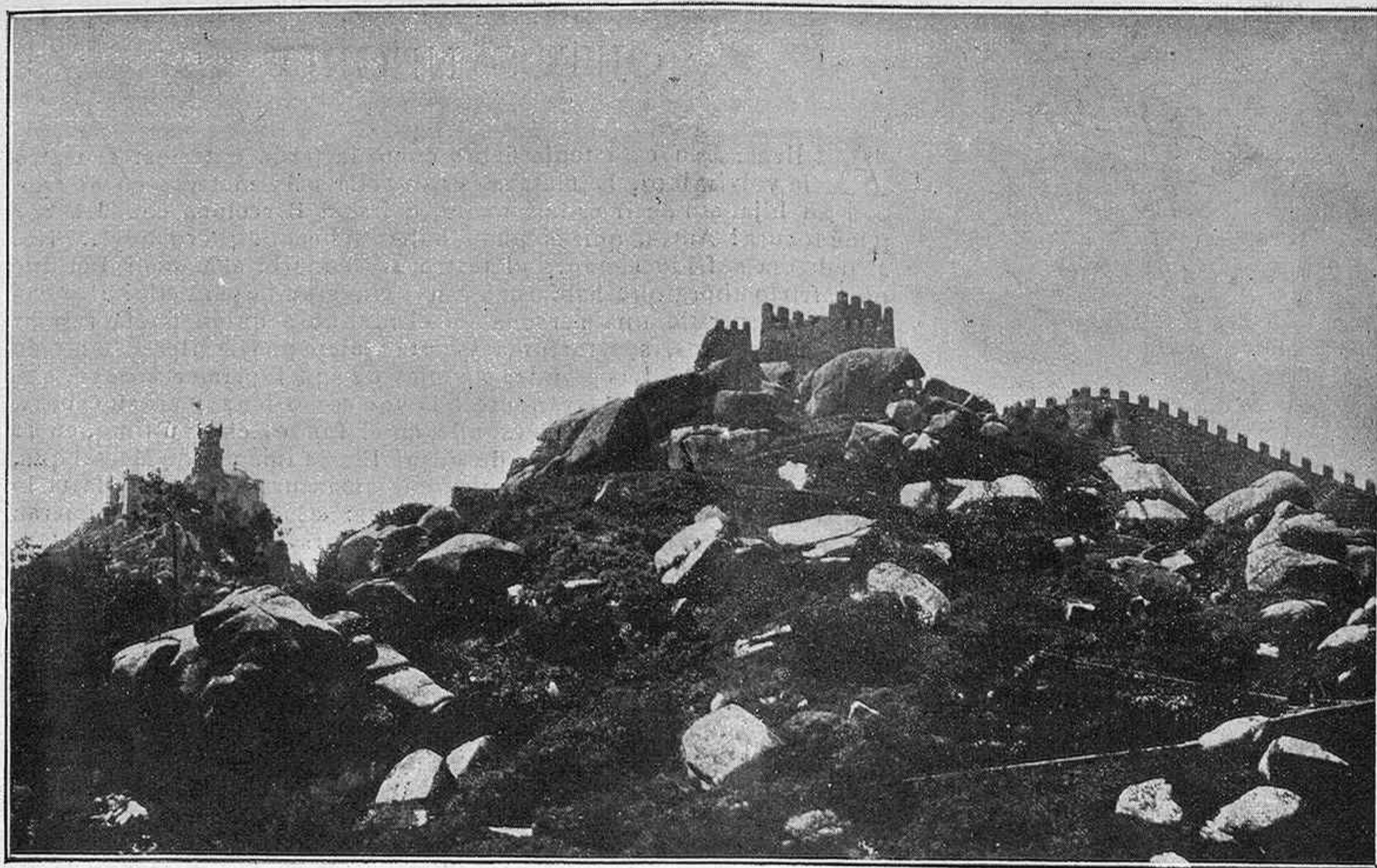
deuda de juego, la hizo decidirse. No podía más. Había soportado la indiferencia, el desprecio, el abandono, el hogar escupido con sin igual descaro á los dos meses de matrimonio; había sufrido la crápula de su esposo de cortesana en cortesana, trayendo alguna, en su ausencia, al propio hogar; había consentido la dilapidación continua de su fortuna, devorada por la pasión de su esposo por los naipes... Tal vez, en aquel trance apurado, si le hubiera visto suplicante, mostrándose arrepentido, con promesa solemne de tomar en lo sucesivo por el camino de la honradez, habría cogido la pluma, impulsada por la esperanza, á pesar de comprometer su hacienda, el porvenir, el mañana, que sin otro amparo que el conyugal hubiera significado la espantosa miseria; pero la afrenta realizada con fría brutalidad á su primera negativa instintiva, borró de golpe, como una racha de viento que se lleva en montón todas las nubes, hasta el último de sus escrúpulos.

La imagen del rendido galanteador, del antiguo novio, surgido en el medio en que ella vivía después de casada, y en los ojos del cual había visto brillar aún la llama de un amor no apagado, más encendido todavía al encontrársela, fulguró en la mente de la pobre mujer, cuando su marido dejó el gabinete pegando un portazo. ¡Oh, sí! Hasta ahora habíale mantenido á decorosa distancia, ocultando la repercusión en su alma de aquel cariño de la adolescencia, bruscamente cortado para enlazarse, por conveniencias de familia é imposiciones maternas, con un hombre á quien no quería; pero en el que nadie pudo sospechar un rufián... Era virtuosa, era recta, proponíase seguirlo siendo, sin oír la voz amiga que venía á caer sobre su corazón herido como una gota de tierna paz; pero la mano tiránica levantada la decidió. Basta de oprobio, de aislamiento, de infelicidad.

Luis la adoraba siempre, permanecía soltero. Iría á arrojarse en sus brazos, huiría con él, lejos, muy lejos, donde no se volviera á saber de su persona. Sabía que hacía trizas su reputación, su prestigio. ¡Qué la importaba! Preferíalo todo, á vivir en un semejante infierno. Así, dejaba el campo libre al malvado, quitándole un estorbo del que no sentiría sacudirse.

De pensamiento en pensamiento, surgió en su cerebro la idea de su esterilidad. ¡Si ella hubiese tenido hijos! ¡Un hijo! ¡Uno solo! Presentía en el hijo la fuerza para resistir que la faltaba, el apoyo en que descansar la mano vacilante, el pecho en que verter las lágrimas arrancadas un día y otro á su desesperación. El hijo era el escudo, el amparo, la mansedumbre, el buen camino, la honradez triunfante. ¡No había que pensar en ello! ¡Dios no lo había querido!

Así, entregada á su dolor, hundida en su llanto, permaneció unos minutos bajo el peso de su situación terrible. Luego, secó sus lágrimas, sin llamar á la doncella se arregló el vestido, púsose una toca sencilla y, encendido el rostro, pero resuelta, salió del gabinete.



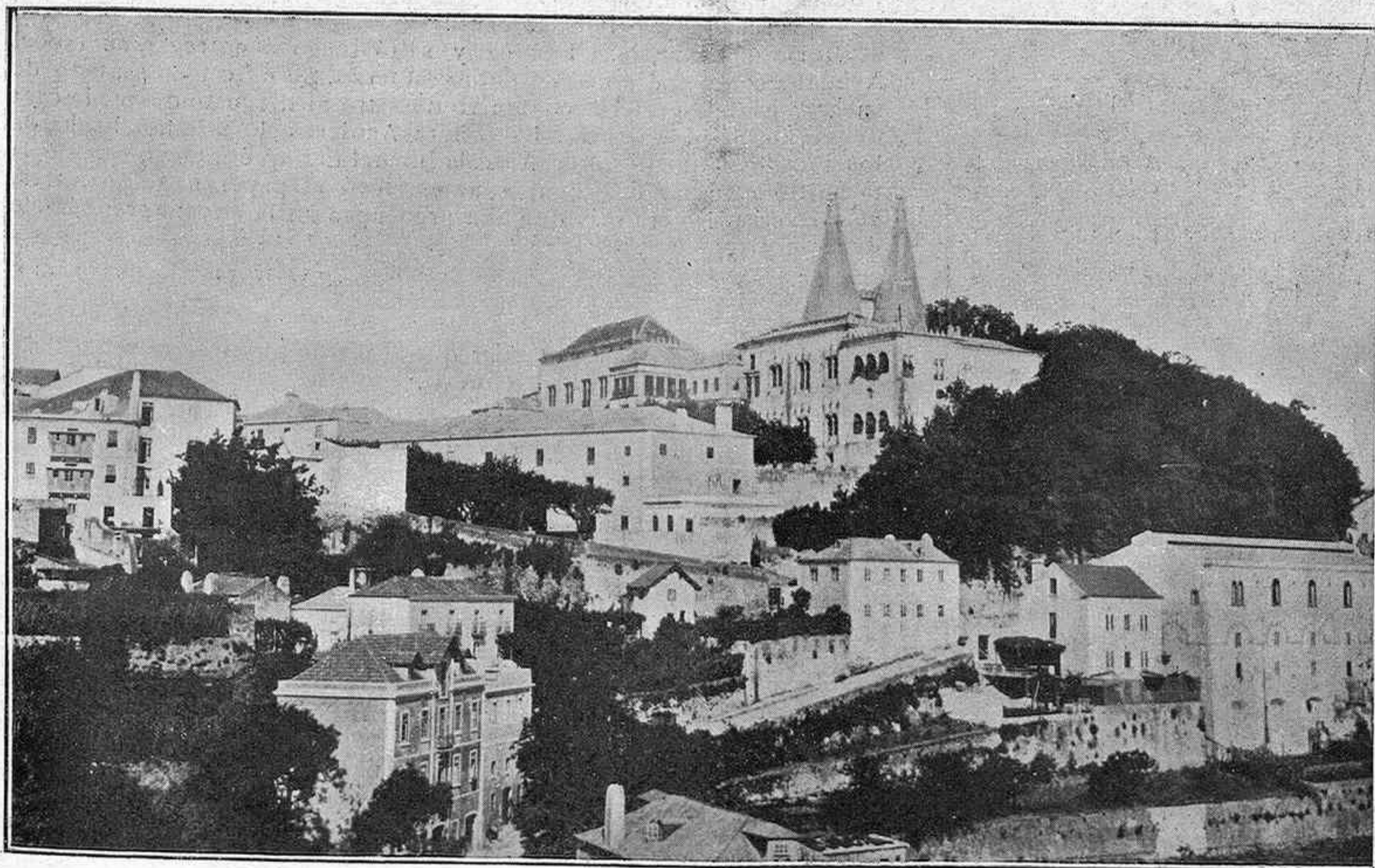
CINTRA. — CASTILLO DE LOS MOROS.

villa, de no menos importancia, de construcción antigua, notable por las dos enormes chimeneas en forma de embudo, que luego se avistan á lo lejos y por dos salas, curiosa la una por ser ornada con 72 ciervos con otros tantos escudos suspensos del pescuezo y la otra de *pégas* (aves).

Fué en este palacio en donde murió Don Alfonso VI, á quien fué robada la corona, por su propio hermano el infante Don Pedro, después Don Pedro II y en el que acabó también sus días la esposa de aquél.

Para conmemorar este hecho y como curiosidad histórica, se conserva una de las salas del palacio con los ladrillos gastados por el continuo paseo del malogrado Monarca, cuando allí estuvo desterrado.

ALFREDO ANDRADE MASCARENHAS



VISTA GENERAL DE CINTRA.

*Fotografias de Mascarenhas.*

## OJITOS NEGROS <sup>(1)</sup>

Al llegar á su casa tenía fiebre como la tarde anterior; el teatro la volvía loca, la mataba. «¿No valía más meterse en el tren con su hija, sin decir nada á nadie, é irse á Barcelona con Jacobo? ¡Qué locura! Antes, quizás pudo haberlo hecho. ¡Pero hoy!... No. ¿No había sufrido siempre el teatro sin conocer á Marsal? Por qué no sufrirlo ahora que había una causa tan grande para ello? ¿No había ya encontrado una persona en el mundo á quien podía revelar sus sentimientos, sus torturas y ante quien podría llorar también cuanto quisiera?». Las grandes agonías de aquel primer ensayo, que abrasaban su pecho, clavándose á la vez como lanzas en su cabeza, tenían un no sé qué de dulces, allá en el fondo, en lo último, en lo más negro, en lo más amargo de ellas. Era la imagen de Marsal que, estando en todas partes, estaba en sus amarguras mismas. Hasta lo pensó con no sabía qué escondido deleite: «Cuanto más la hicieran sufrir más necesario le sería el amor de Marsal y menos fuerza tendría para resistirle...» Como quien aborrece la existencia y estando al borde de un abismo no tiene valor para arrojarse y desea que le empujen.

Cuando salió del teatro no encontró á Marsal, y se lo agradeció mucho. Comprendería el martirio y el bochorno que acababa de pasar, y no quiso ponerse ante ella por no recordárselo. «¡Como si ella lo pudiera olvidar nunca! ¡Y no verle por eso!» Más tarde se animó mucho. Un criado le llevó una carta. «¡Era la primera que le escribía Marsal!» Nunca entrevió delicadezas iguales á las que allí escribía; nunca un hombre pudo encontrar palabras más adecuadas para hacer latir un corazón de mujer, animándola y fortaleciéndola. Contestó con el mismo hombre «que iba á estudiar mucho, pero que la esperase al otro día muy tempranito... á las nueve de la mañana.» ¡Y adiós agonías! ¡Adiós penas! ¡Adiós inquietudes! La señora Aguirre abrazó y besó á su hija, loca de contento. La carta de Marsal, cuando ya se consintió en no saber de él hasta el otro día en el ensayo, por lo menos, fué suficiente para conseguir aquella reacción.

Su madre se tranquilizó un poco; á pesar de los gruñidos de aquella noche — y de otras muchas veces, á obscuras ó con luz — la idolatraba; su madre vió aquella carta, pero no se inquietó; en no siendo de Jacobo, que escribiese á su hija el Nuncio; la traía sin cuidado, principalmente, si era para que se alegrase.

Después de cenar, la señora Aguirre acostó á la niña. Al desnudarla, jugando con ella, la miró un momento, la besó con frenesí, y decía mentalmente:

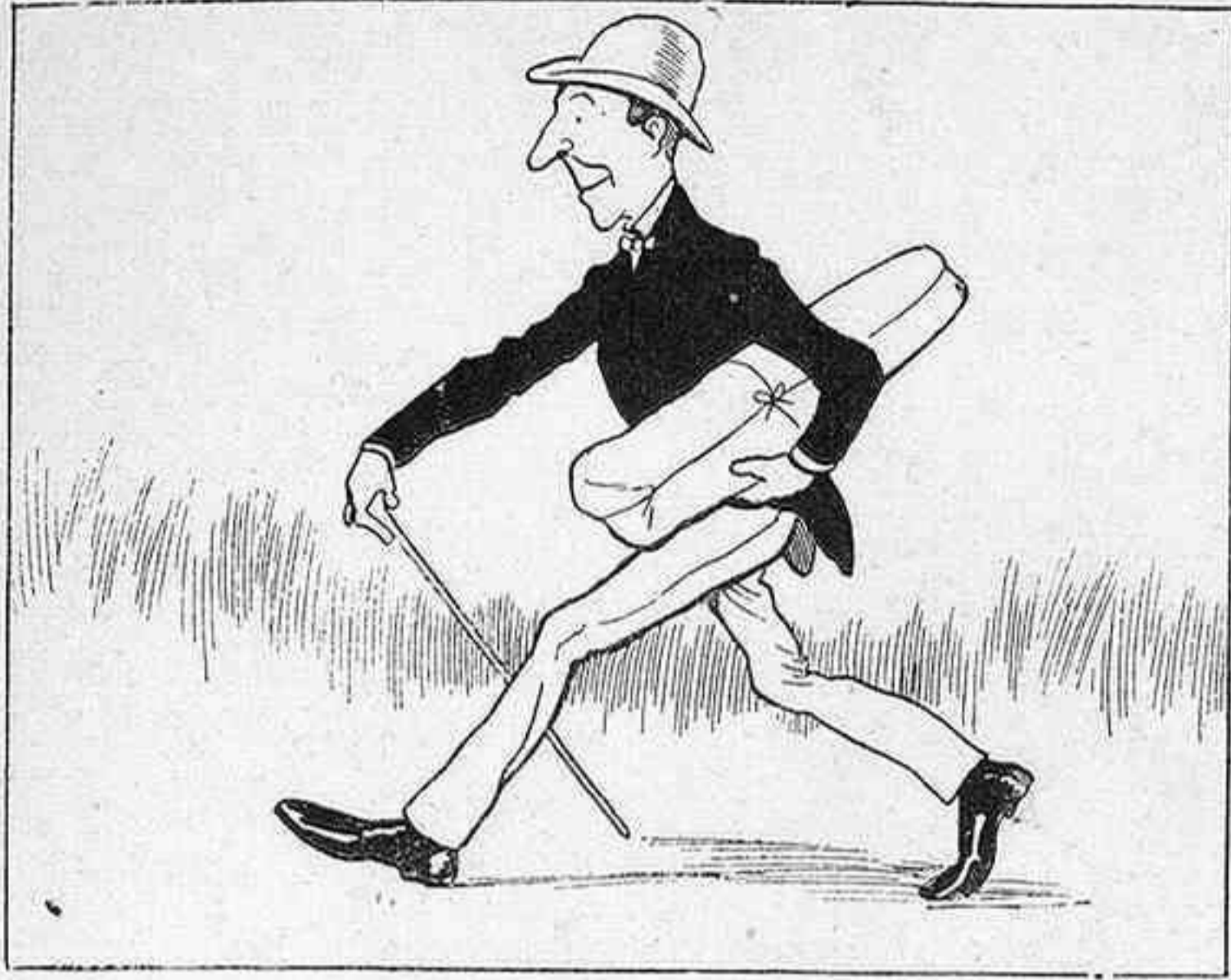
— ¡Si fuera suya! ¡Pobre Jacobo!

Durmió la abuela á la niña y salió luego á entregar su labor. Ayudaba como podía con su pobre esfuerzo. Su odio bien sentado de suegra, hacía preferir cualquier desastre al disgusto de ver la cara del yerno. Salió la abuela. La señora Aguirre echó á la muchacha de los recados y quedó solita. Ante la luz del quinqué famoso que no la permitió estudiar dos noches antes, leyó el papel una, dos, tres, veinte veces. No era más que una preocupación la suya: aprendérselo de memoria.

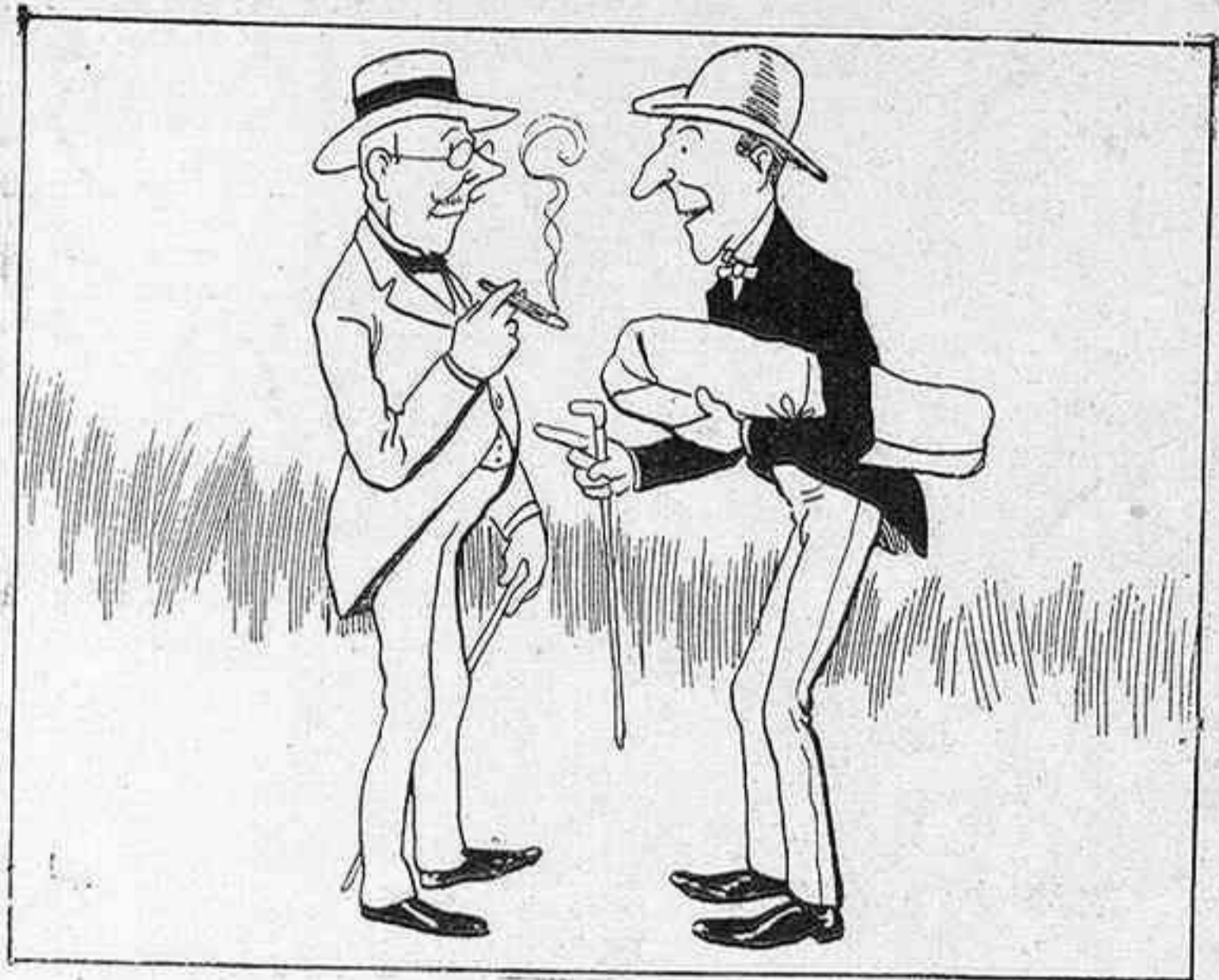
(1) Del libro *Gente de tablas* que acaba de publicar nuestro colaborador señor Martínez Barrionuevo.



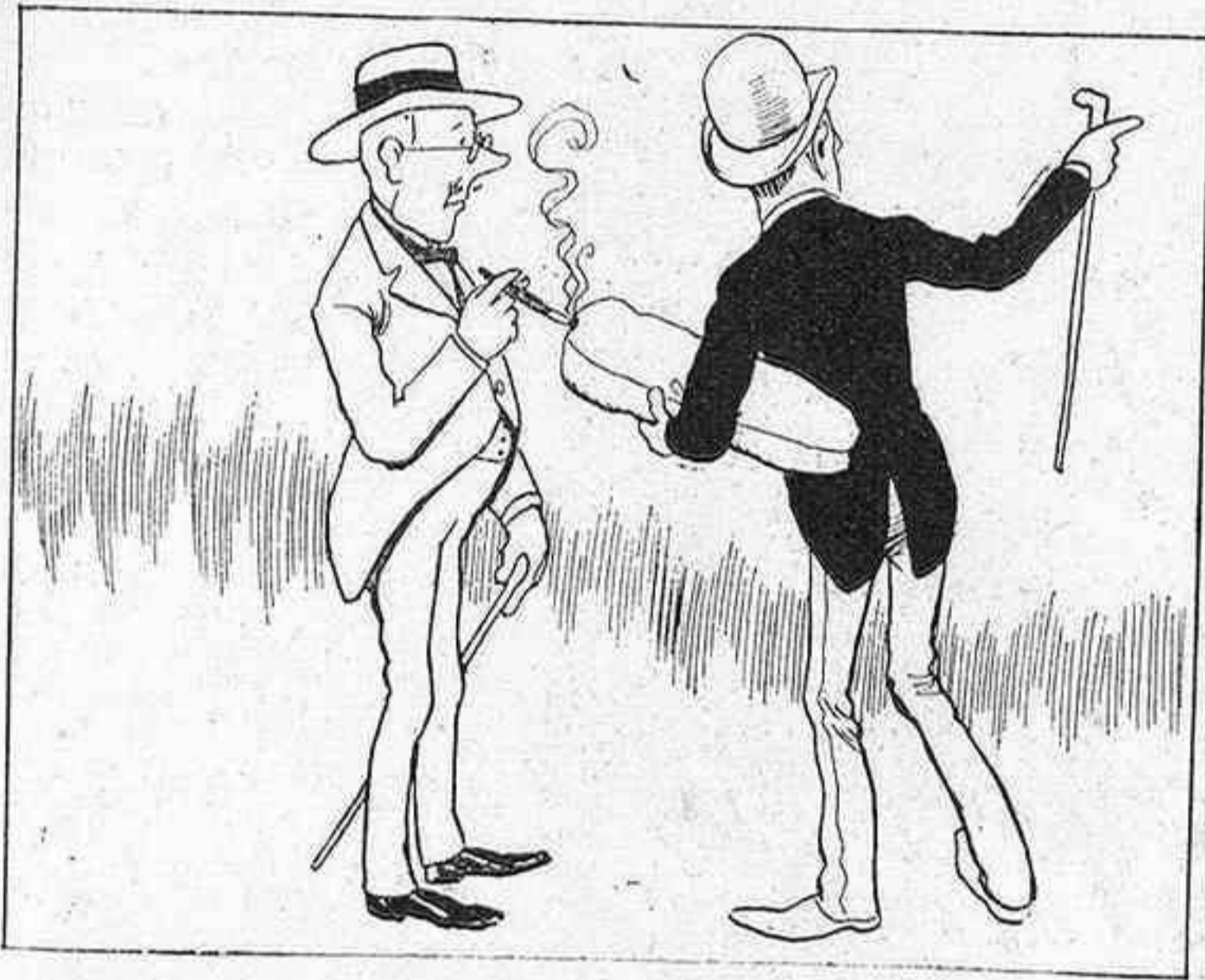
Orla de José Pasos.



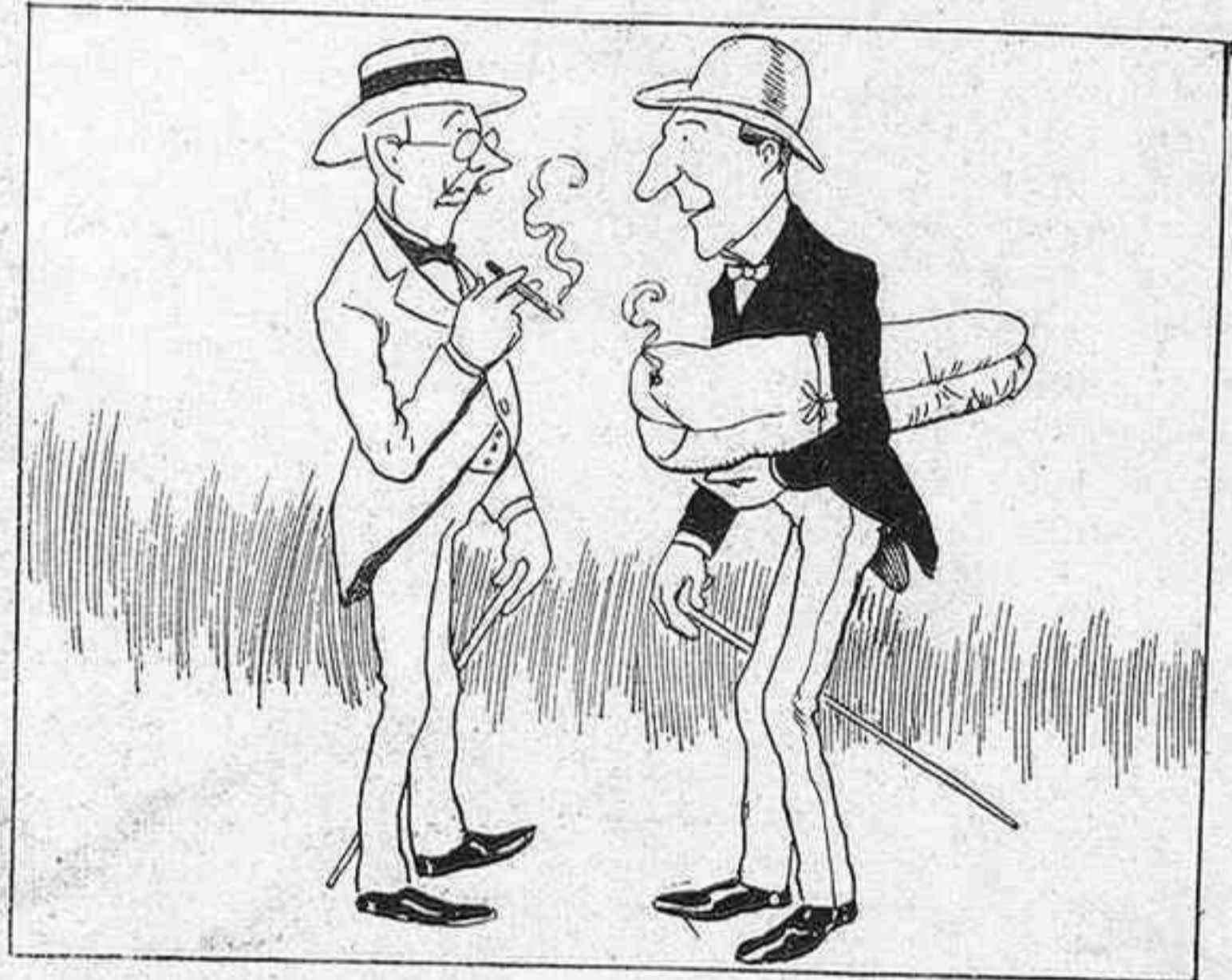
1. —Ya tengo la función preparada...



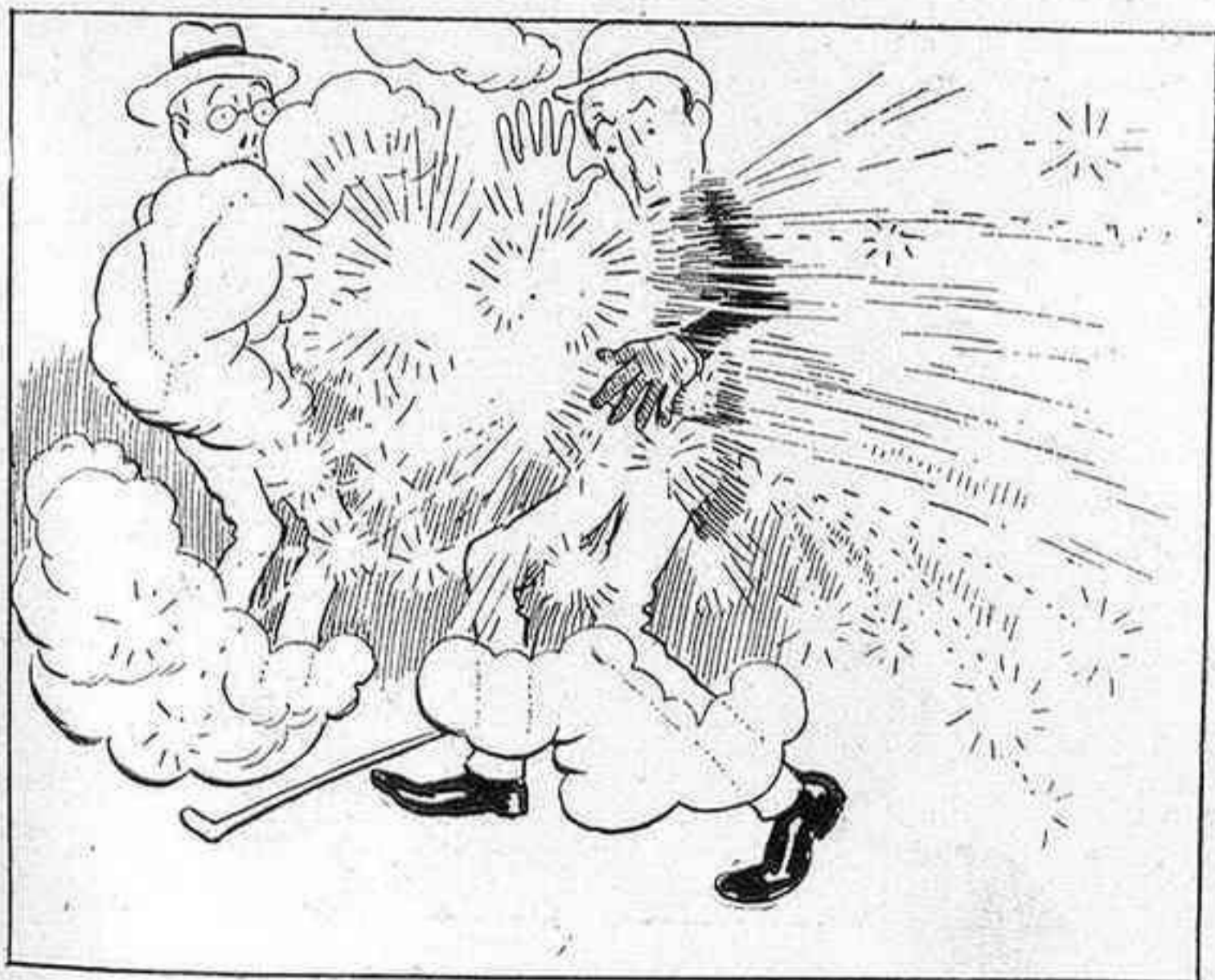
2. —Deseo que vengas esta noche á ver la verbena que celebramos en casa mi novia...  
—¿Dónde vive?



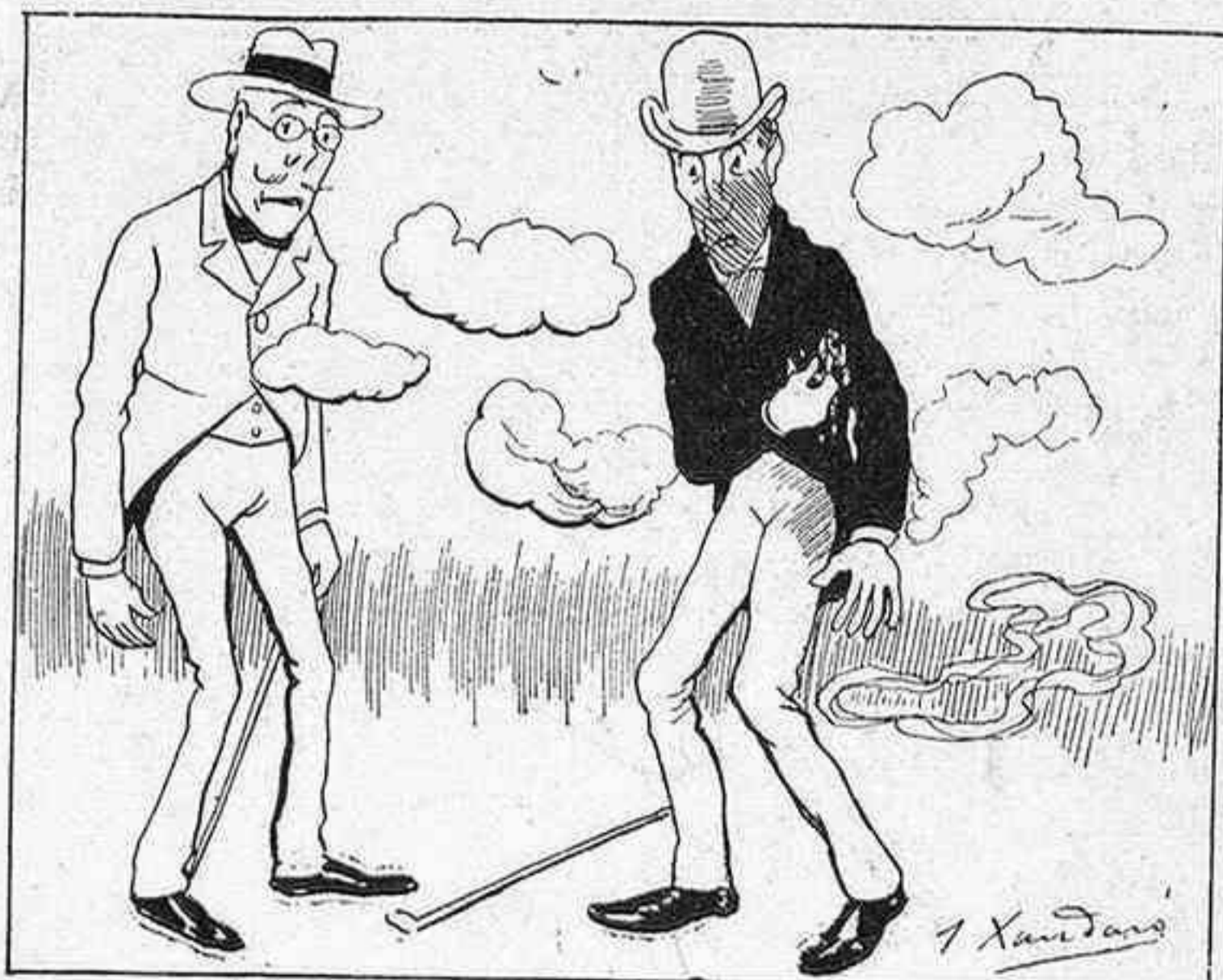
3. —En aquella casa de persianas verdes. ¡Tiene un precioso jardín y en él será la verbena!  
—No faltaré.



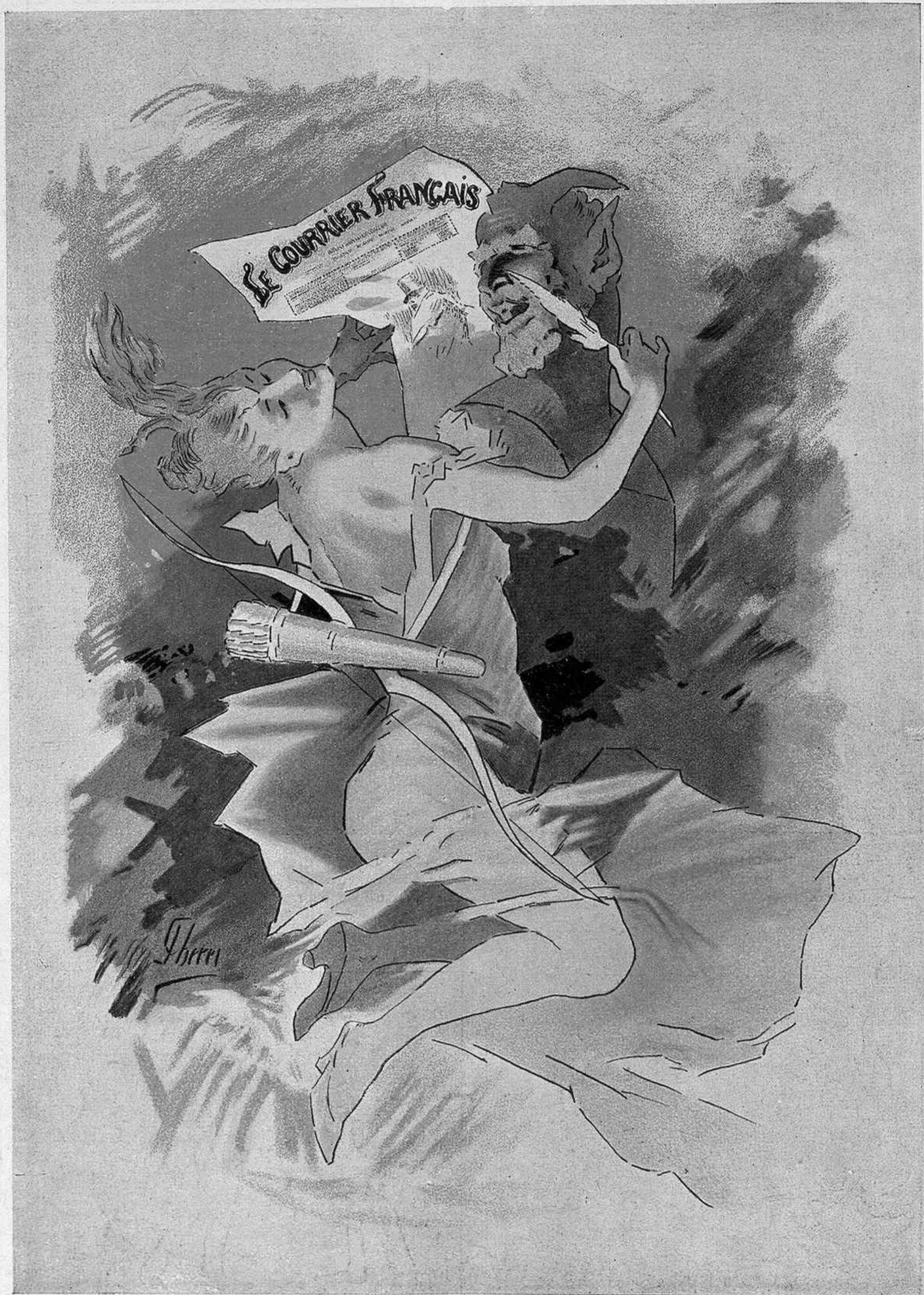
4. —Me alegro, porque precisamente el festival está á mi cargo.  
—¿Y qué vas á presentar?



5. ||.....||



6. —¡Pues, eso!... ¡pero, ya no vayas!



Cartel publicado para anunciar el periódico «Le Courrier Français». — París.

SERIE 2.<sup>a</sup>

Núm. 10